

José María Bulnes

7. Factores de la crisis de América Latina

Son bien conocidos los hechos principales que denotan la crisis de América Latina.

Después de todo género de ensayos y esfuerzos por “despegar” de una situación de creciente retraso económico frente al desarrollo capitalista de los países industrializados y frente al avance social e industrial de los países socialistas, la región entera retrocede en el terreno económico y político, se agudizan en forma extrema las desigualdades y en muchos países se cae en esquemas coloniales y de opresión que parecían impensables desde una tradición orgullosa de democracia y de sentido nacional de lucha por una mayor independencia económica.

En general, se sabe bien también que nada de esto ocurre casualmente, y que las fuerzas internas y externas que se asocian para dar los pasos que llevan al aplastamiento de todo el sistema tradicional que había estado siempre a su servicio, actúan movidas por una decisión bien clara de no permitir el avance de unos procesos populares que las rebasarían definitivamente.

La situación es, entonces, por decisión de esos intereses —y así la proclaman—, una situación de guerra larvada o ya iniciada por un lado en el interior de cada país, y donde las fuerzas armadas nacionales cumplen implacablemente, en la mayoría de los casos, el papel vergonzoso de terribles ejércitos de ocupación en tierra enemiga.

Nadie puede asegurar, finalmente, qué sobrevendrá en lo inmediato y cómo será decidido el futuro.

En los países del Cono Sur, que es donde se establece con mayor nitidez el nuevo modelo fascista intentando propagarse al resto del continente, se van perfilando los problemas centrales alrededor de los cuales cabrá esperar el realineamiento de las fuerzas populares y la fragmentación de las fuerzas armadas. Pero es aún mucha la gente que, acostumbrada a una vida política de negociación, de procesos electorales y de participación ponderada en el poder y en partidos parlamentarios con metas a largo plazo, articulados en un sistema democrático liberal, no ve todavía claramente lo que de definitivo trae la crisis presente a la conciencia y a la decisión de nuestros pueblos. Ellos esperan, aún, una resolución eventual y gradual del momento de locura y crimen en que se ha caído inexplicablemente.

En efecto, la constatación de la inestabilidad creciente o del derrumbe, según los países, de las formaciones tradicionales, decepcionan las esperanzas o las ilusiones en unos procesos graduales de cambio, en quienes las abrigan por alguna razón, o vivían conformes dentro de ellas, o vivían de ellas. Pero no las arranca del todo.

Por lo mismo, además de todo lo dicho, la crisis irá siendo cada día también la de una ilusión de algunos y de un negocio dudoso de otros, por encima de las diferencias declaradas de las posiciones políticas.

Nos ha de interesar la ilusión, que quizás tranquilizaba las conciencias y parecía dar tiempo para ir corrigiendo, con la ayuda de las propias fuerzas —en el caso de los oprimidos— y sin necesidad de grandes desprendimientos —en el caso de los más acomodados—, las terribles injusticias.

La crisis será, así, no sólo de todo el sistema social y político, sino del sistema ideológico que lo sustentaba y justificaba.

Crisis o némesis, entonces, de un sistema y de un estado de cosas que no es posible confundir con la realidad, ya que ocultaban una parte de ella y disfrazaban la otra, engañando y presentando lo hipotético como lo real.

Desde el punto de vista del desarrollo de la conciencia humana, la valoración del desengaño se fundó siempre en el entendimiento de su carácter positivo y purificador para quien lo experimentaba en relación con un mundo o parte de él, en el que se confiaba sin saber que él no existía más allá de la ilusión.

Cabría agregar que en el camino de la conciencia, la experiencia negativa del callejón sin salida —ya lo explicó Hegel— es el punto de partida para una nueva y mejor salida sobre lo real. Y, en palabras más antiguas, que el despertar del sueño es librarse de la ceguera en que, como en la caverna platónica, nos amarra la visión de los fantasmas.

En lo que toca a nuestro asunto, está el hecho de que América Latina ha estado siempre en crisis, y en la misma crisis desde el momento en que ella se configuró como lo que conocemos, vale decir desde la Conquista.

Lo que ha habido es una serie de metamorfosis y, dentro de ese proceso, un desarrollo y ascenso a los extremos de las contradicciones.

El conquistador y el colono europeos fueron perfectamente sustituidos por el criollo educado, empresario y gobernante, explotador y dominador de su pueblo y a la vez servidor o mayordomo, aunque muchas veces renuente, del capital extranjero. Y la Corona que respaldaba a los primeros hubo de convertirse en el Estado de los segundos.

Las guerras y luchas en que se dio este cambio, como las que acompañaron los cambios subsiguientes, correspondieron, con un desfase cuya decisiva importancia es difícil de exagerar, también exactamente a las tendencias y etapas del capitalismo en el mundo. Y la crisis que hoy se registra como nueva y sin clara salida, no sería sino la profundización y simplificación extrema de la contradicción original, y que se plantea concretamente en la forma histórica también concreta de la actual crisis del capitalismo en el mundo.

Algunas características, en fin, de la crisis en la región latinoamericana, se explican desde la especificidad histórica y social del mundo latinoamericano.

Teniendo en claro estas determinaciones generales, que a veces se callan en la discusión por muy sabidas, pero que así también a veces se olvidan, consideremos más de cerca y por partes el asunto.

Partamos del momento en que las clases criollas dirigentes emprendieron de buena fe, confiada y aceleradamente —tomando como ejemplo a los revolucionarios franceses y a los Estados Unidos, y tomando como modelo político y cultural a Francia e Inglaterra—, a partir de la Independencia, la construcción en cada país de un Estado a imagen y semejanza de los Estados europeos, para concurrir en condiciones de igualdad al concierto, como se decía, de las naciones modernas.

Tuvieron que hacerlo todo. Escribir historias semejantes de su pasado, con dioses tutelares, héroes, poemas augurales y profecías. Reinventar el Nuevo Mundo. Glorificar a América. Establecer todas las instituciones republicanas. Legislar. Modernizarse. Traer las cosas, los moldes y modelos, o los maestros. Los inmigrantes y su efecto demostrativo. Vestir y decorar, sin reparar en gastos de utilería y de consumo. Dar, finalmente, el sello exterior de la gloria de todo esto.

El caso terrible de Haití, la colonia más rica del mundo, que le daba a Francia —hay que repetírselo a uno mismo— casi la mitad que lo que le daba a Inglaterra todo su imperio, y que no casualmente fue la primera colonia latinoamericana que se independizó derrotando a un ejército de treinta mil hombres enviados por Napoleón, no es un caso tan particularmente patético sino para quienes no quieren ver que la *Citadelle* y el *Sans-Souci* de Henri Christophe se repitieron exactamente en todas las capitales latinoamericanas, en despojo de las provincias, y sobre la misma base de pauperización y nueva esclavitud de los pueblos. Y que la defensa de la independencia y el reconocimiento diplomático de su Estado, que llevó a Christophe a levantar sus defensas y ese palacio y que más tarde obligó por casi un siglo al pueblo haitiano a pagarle a la ex-metrópoli europea ese reconocimiento, de una u otra manera también se dio como una carga igualmente dolorosa sobre las espaldas de nuestros pueblos en cada país latinoamericano.

La lucha de las provincias contra las capitales o de la manera de los pueblos contra el nuevo modo de explotación impuesto desde fuera, encarnada en la Argentina por Rosas o Facundo contra el Buenos Aires de Rivadavia fue, como lo vio muy bien Sarmiento, la clave del problema. Sólo que no se trataba, como a él se le antojó, de la lucha de la civilización contra la barbarie. Pues lo que él veía, mirando el mundo desde Rivadavia y Buenos Aires, como la civilización, no era sino la ruptura de las formas incorporadas tradicionales y el establecimiento de una nueva y más intensa explotación, que se realizaba a través de la subasta al extranjero del propio país y del exterminio de los originales señores de la tierra.

El error de Sarmiento, que fue el de casi todos los estadistas y la ilusión o justificación de las clases gobernantes en toda América Latina, desde la Independencia hasta este siglo, se hace muy comprensible examinando la relación dialéctica tan profunda que existe entre el mito nacional y su producción en América Latina, por una parte, y la utopía social, económica y política del Estado liberal aplicada a nuestro mundo, por otra.

Sin una absoluta claridad sobre las implicaciones del propio desfase histórico en relación a los países industrializados y en una concurrencia no pro-

tegida a un mismo mercado; sin una completa fidelidad a los intereses últimos de los propios pueblos o de todos los habitantes de la región como tal; sin el establecimiento de una planificación congruente con lo anterior, de todos los recursos y procesos productivos, y en la cual se recojan la tecnología interna, las prácticas de producción, los adiestramientos sociales de la comunidad o los recursos tecnológicos tradicionales —no importa el nombre que se les dé—, para el desarrollo y orientación de una política adecuada en el habitat, en la educación o en la transferencia de tecnología, y surgida por lo mismo de los propios pueblos; y, quizás aún, sin una fuerza militar muy poderosa congruente con lo mismo, se hace muy difícil imaginar cómo pudiera ser posible salvar ese desfase o impedir que el desfase no volviera a encadenar una y otra vez a los pueblos latinoamericanos en los engranajes de una explotación interna y externa cada vez más articulada, perfeccionada y totalitaria, que incluiría ya en nuestros días diversas alternativas combinadas de exterminio.

En distintas formas, esto siempre fue así, desde la Conquista. Y, ya en una perspectiva histórica universal, quizás con la sola excepción de Cuba, no sabemos de un país que haya logrado liberarse en este sentido, sino a través de una larga e innegociable lucha revolucionaria o de una larga guerra de liberación.

Pero todo esto tiene un nombre. Es el socialismo la única forma legítima que justifica una lucha con su nombre. Y éste es el punto decisivo ante el cual cabrán cada día menos en América Latina las posiciones ambiguas, una vez que —como se ve— los intereses predatorios y de acumulación del capitalismo dependiente se hacen incompatibles con la misma democracia liberal.

Como corresponde que ocurra en el proceso histórico en que se cumple el desarrollo de una contradicción fundamental, lo que se vive como el momento más trágico de nuestra vida nacional de pueblos, nos coloca al borde de la mayor esperanza, que se identifica con la verdad. Y esto al interior de cada país, como en la relación de unos países con otros.

El caso de Chile —el más abrumador desde el punto de vista político, por los antecedentes históricos del país, por el grado de organización y las conquistas alcanzadas por su clase obrera, y por el inicio esperanzador (que lo fue para él como para todo un mundo) que se dio en él, de una vía democrática hacia el socialismo— es particularmente revelador.

Algunas citas tomadas de dos análisis realizados después de la experiencia del golpe fascista desde puntos geográficos muy distantes, pueden resumir esa lección:

Cuando miramos al recorrido histórico de Chile, una primera enseñanza que nos sugiere —y en lo que se constituye en expresión más general de una trayectoria latinoamericana— se refiere a los límites del capitalismo dependiente como sistema.

Enunciada la conclusión en sus términos más breves y fundamentales: en las condiciones contemporáneas, el sistema de capitalismo dependiente no constituye un camino capaz de conducir a estadios superiores de capitalismo desarrollado.

No es viable tal expectativa, independientemente de que la deseemos o no.

En etapas relativamente tempranas, agota las posibilidades de evolución, como consecuencia de sus propias dinámicas de funcionamiento; profundiza los desequilibrios, extrema las tensiones y conflictos, y desemboca en una crisis estructural que es incapaz de resolver.

Después de la ya larga experiencia de frustraciones y problemas acumulados en América Latina, es hora de reconocer unas leyes generales y específicas de funcionamiento del capitalismo dependiente que conducen inevitablemente a esa crisis. Unas dinámicas inherentes a ese funcionamiento —de concentración, de extranjerización, de desigualdad, de acumulación— que se profundizan en sus propias conductas y se refuerzan en sus interrelaciones.

Dinámica de la concentración, porque en las condiciones particulares de estos países, desde las primeras etapas de desarrollo industrial se conforma una estructura fuertemente monopolizada, que se proyecta luego en intensos procesos de concentración y centralización del capital, de dominio creciente de núcleos de poder oligopólico y de conglomerados financieros y productivos.

Dinámica de la extranjerización, en la que se acumulan fuerzas que se influyen recíprocamente, y que determinan que ni la simple expansión cuantitativa, ni la modernización general ni la industrialización sustitutiva, sirvan para afirmar la independencia económica nacional y atenuar la dependencia exterior. Por el contrario, acrecientan la vulnerabilidad, profundizan la subordinación y refuerzan la dominación imperialista.

Dinámica de la desigualdad, de modo que el crecimiento no extiende sus frutos al conjunto de las poblaciones, sino que extrema diferenciaciones, concentra altas cuotas del ingreso en proporciones menores a las que abre expectativas ilimitadas de consumo, al precio de no resolver los problemas elementales de vida de las masas; genera y acrecienta un proceso de marginalización, y conforma toda una estructura productiva acomodada al consumo de los estratos privilegiados.

Unos comportamientos de la acumulación, con las complejas relaciones entre concentración de excedentes en los núcleos monopolísticos y la incapacidad de acumulación en los sectores no monopolísticos. Y las contradicciones entre los requerimientos de ahorro y los estímulos de crecimiento dependientes de la expansión del consumo de los grupos de alto ingreso, los problemas crecientes de realización, con las tendencias consecuentes al estancamiento.

Y como expresiones más visibles de tales procesos, los desequilibrios, las presiones inflacionarias, los déficits fiscales, los desequilibrios de la balanza de pagos y la espiral interminable del endeudamiento externo. La agudización de la lucha por la distribución del ingreso y las tensiones consiguientes. Y la creciente incapacidad ocupacional que demuestra el conjunto del esquema.

Se disipan las creencias de que es problema de ritmo de crecimiento, de modernización, de urbanización o de simple industrialización sustitutiva.

Es el cuadro que podemos constatar en cualquiera de nuestros países.¹

¹ Pedro Vuskovic, *América Latina en Chile*. Exposición en el ciclo sobre "La Eco-

.....
 Las opciones se hicieron entonces evidentes. O la preservación del sistema de capitalismo dependiente apelando a cambios sustantivos en sus patrones tradicionales de crecimiento, que intentara resolver la crisis en una articulación más completa con el imperialismo, en un vuelco de la economía hacia una economía fundamentalmente exportadora, en que importara poco el mercado interno; en la resolución de los desequilibrios descargando todo su peso sobre las masas; y en una superexplotación de los trabajadores que acrecentara los excedentes para reforzar la acumulación capitalista. O un programa de franca sustitución del sistema, que pusiera en marcha una transformación socialista de la economía chilena.

.....
 Con ello, se hacía patente en Chile una conclusión que, en todo lo que venimos presenciando, se extiende con igual validez al resto de América Latina: la inevitable incompatibilidad que termina por darse entre el crecimiento en los marcos de un sistema de capitalismo dependiente y cualquier forma, por limitada que sea, de desarrollo democrático.²

¿Qué significaría la "pausa" estratégica en la revolución, digamos, a mediados de 1971? [...] detenerse en las transformaciones iniciales significaría, primero, renunciar a los objetivos socialistas por los que se pronunciaba el proletariado chileno; segundo, renunciar a la revolución como tal (dando posibilidades a la burguesía para volver al poder); tercero, renunciar a la lucha contra las bases de la dependencia; cuarto, resignarse al establecimiento, en un futuro próximo, de formas dictatoriales de dominación burguesa como las más adecuadas a la lógica de la etapa actual de desarrollo capitalista dependiente...³

...las posiciones de las partes, el antagonismo entre la UP y la dirección del PDC estaban condicionados, ante todo, por las leyes objetivas de la diferenciación sociopolítica en condiciones de desarrollo de la revolución orientada hacia el socialismo. Indudablemente, la alianza táctica con el PDC en los márgenes de la estrategia revolucionaria sería muy importante y útil para las fuerzas de izquierda. La desgracia, no obstante, consistía en que esto lo comprendían perfectamente la burguesía y los líderes de derecha del PDC. Y como lo comprendían, estaban plenamente decididos a no permitirlo. Lamentablemente, a favor de ellos trabajaban también las leyes objetivas... El PDC era un partido burgués, aunque se pronunciase por un capitalismo renovado y "democrático" y por un cambio en las formas de dependencia. Mientras tanto, la revolución estaba contra cualquier capitalismo, contra cualquier dependencia... Toda la experiencia de las revoluciones anteriores indicaba que la mayoría de los líderes del PDC apoyaría, en el momento decisivo, a los fascistas y "gorilas". Y así es como aconteció.⁴

nomía Mundial y el Cambio Social", Cursos de Otoño de la Facultad de Economía, Universidad Nacional Autónoma de México, noviembre de 1976.

² *Ibid.*

³ Kiva Maidanik, "En Torno a las Enseñanzas de Chile", *Revista América Latina*, Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la URSS, núm. 2, 1975.

⁴ *Ibid.*

No se considerarán demás estas largas citas si se tienen a la vista las diferentes formas en que se ve y se responde el problema político de la América Latina hoy día por las corrientes prevalecientes dentro de la izquierda latinoamericana.

Contra todo lo que se supone ingenuamente desde fuera, la cuestión fundamental no es la violencia.

Esquemáticamente, ante las tres formas mayores de dominación social, vale decir el fascismo, el imperialismo y el capitalismo, las respuestas obvias son, respectivamente, la reconstrucción democrática, la coalición anti-imperialista y el socialismo.

En la primera de estas respuestas, que es la de la reconstrucción democrática, se alían fácilmente, debido a la evidente criminalidad de los regímenes fascistas, diversas fuerzas. Estas fuerzas incluyen amplios sectores de izquierda y de centro, social-demócratas europeos, gobiernos democráticos que aún quedan en América Latina, demócrata-cristianos de ambos lados del Atlántico, liberales norteamericanos, consejos de iglesias, la jerarquía romana de la iglesia católica, y sectores influyentes de las jerarquías eclesiásticas locales. No es sorprendente ver coincidir en esa posición gobiernos liberales y socialistas del nuevo y del viejo mundo, algunos sectores de funcionarios y asesores de gobierno en los Estados Unidos y partidos comunistas de muchos países.

En este teórico frente anti-fascista, reminiscencia de sus precursores durante la Segunda Guerra Mundial en Europa, pueden, así, por distintas razones, converger diferentes fuerzas políticas y corrientes de opinión, especialmente en tareas específicas, tales como la defensa de los derechos humanos. Más allá de esto, sin embargo, los caminos se dividen y las metas se hacen mucho más inciertas.

El argumento que sustenta esta posición por parte del sector correspondiente de izquierda, es el de que cualquier alternativa real que sea esperanzadora o progresista habrá de pasar por la derrota del fascismo como un primer paso. Otros grupos políticos no de izquierda, mencionados más arriba, pueden en cambio aceptar o querer que éste sea el *único* paso.

La segunda respuesta de fondo, la de un frente anti-imperialista, aunque compatible en principio con la del frente anti-fascista, implica algunas reservas tácticas o fundamentales de parte de algunos sectores preparados para aceptar esto último. Por otra parte, gana un apoyo menos condicionado de quienes no están dispuestos a postergar el decidido planteamiento de la alternativa socialista o anti-capitalista, como la única solución viable a la situación presente.

La tercera alternativa, que es la de la respuesta socialista, parece incluir las otras dos, pero plantea como primer punto el socialismo, lo cual deja afuera a varios sectores que convergirían en la primera o segunda respuesta. Esto nos obliga a precisar las incompatibilidades que se dan dentro de la izquierda entre quienes se inclinan por las primeras o la tercera de las alternativas.

Ambas posiciones son irreconciliables sólo en un nivel teórico, lo que no quiere necesaria o generalmente decir que ellas puedan identificarse sencillamente con las así llamadas posiciones moderadas o extremas. Lo que está en discusión aquí no es una diferencia de metas o estilos políticos, sino entre dos visiones analíticas de la misma situación, lo cual no obstante tiene inmediatas y hondas consecuencias políticas. Porque es claro que la disputa entre estas dos teorías políticas está muy lejos de ser algo académico, ya que ellas representan dos concepciones del camino conducente y practicable a seguir en el terreno histórico concreto de la acción colectiva. No es pues una pérdida de tiempo o del objetivo y sentido de una lucha que tiene que ser común. Al contrario, es el resultado de un responsable esfuerzo crítico surgido de una terrible experiencia y orientado al descubrimiento de la naturaleza sustantiva de los procesos históricos en juego. Como tal, es la condición para evitar cometer de nuevo un trágico error, y para acortar en la mejor forma posible el camino para el momento de la verdad.

Una vez más, aclaremos que el debate no es entre la moderación y el extremismo, la legalidad o la violencia, que es como tienden a disfrazarse o a verse las cosas en forma simplista desde posiciones alejadas, propias de mundos que no están sometidos al extremo rigor de una vida estrangulada por el fascismo.

En pocas palabras, lo que los sustentadores de la tercera alternativa arguyen fundamentalmente es que no hay un *camino* entre el fascismo latinoamericano de hoy y el socialismo, ya que este nuevo fascismo nada tiene que ver con el militarismo tradicional y episódico, siendo toda analogía en ese sentido ilusoria y falsa, desde el momento que nos enfrentamos con una nueva y final etapa de un proceso histórico. En ella el fascismo actual corresponde al último baluarte del imperialismo y su aliado, el capitalismo dependiente, programado y construido a raíz del fracaso de todos sus modelos previos. La situación estructural económica y social de los países en que se ha instalado este modelo, ha llegado a ser una situación límite, y la instauración de él lo comprueba y lo agudiza. De tal modo que ya no tiene sentido hablar de una reconstitución democrática liberal. Y no porque guste o no guste, sino por la sencilla razón de que es inviable. Ya la democracia liberal fue descartada y destruida premeditadamente. Cualquier componenda tentativa que se intentara de nuevo llevaría rápidamente al fascismo o al socialismo. Más aún, las fuerzas capitalistas exteriores saben esto por un conocimiento íntimo de las condiciones económicas, de modo que jamás apoyarían realmente tal compromiso democrático. En conclusión, no caben juegos políticos tácticos en este sentido, y lo que se reclama es la aceptación serena y clara de la situación en su conjunto, y una declaración de intenciones, como la única salida viable y como la única base para un entendimiento lúcido.

Paradójicamente, resulta ser ésta una disputa teórica y práctica que se puede resumir en términos muy breves: lo que para el sector de la izquierda identificado con el frente amplio anti-fascista, es lo "realista" —con la invocación, a su favor, del ansia desesperada del pueblo por cualquier alter-

nativa a los hombres actuales—, es, para quienes sostienen la necesidad de una explícita alternativa socialista, pura utopía, una ilusión. Y lo que para los primeros es utopía —el levantar muy alto la bandera del socialismo—, para los últimos es la única respuesta real. Nuestro análisis nos lleva a considerar esta última alternativa como acertada.

Creemos también en que sólo desde ella será posible entablar un diálogo y una comunicación abierta con el pueblo norteamericano, hasta que en los mismos niveles de decisión de la política exterior de los Estados Unidos se comprenda que una América Latina socialista, además del inmenso y atractivo desafío tecnológico que implicará, es la mejor y única alternativa de colaboración y paz.